

PUEBLO Y POPULISMO

Por L. A. COSTA PINTO

1. El *pueblo* —los individuos y grupos de individuos, las colectividades que ellos forman y las relaciones que entre ellos se establecen— siempre ha sido el centro del interés intelectual de los sociólogos. Para los políticos, por mucho tiempo, *pueblo* ha sido más bien un concepto que una realidad; ya para los sociólogos de la política, en que pesen los cambios sufridos por el concepto a través de los tiempos, el *pueblo* siempre representó una realidad permanente e inevitable.

Las discrepancias entre el *concepto* y la *realidad* del pueblo, en la vida social y política, son el objeto de la discusión que sigue. Más específicamente, mi interés aquí es hacer algunas preguntas sobre el tema y buscar para ellas algunas respuestas pertinentes, aunque muchas veces no coincidentes ni con las opiniones corrientes, ni con la sabiduría convencional establecida en los compendios.

A mi juicio, la importancia y actualidad de esta discusión se deriva, ante todo, de que en la sociedad contemporánea los problemas fundamentales de la transición social son principalmente problemas políticos. Son problemas políticos porque involucran cambios básicos en la totalidad de las estructuras sociales y en cada una de sus partes, exigiendo la definición y selección de metas y propósitos e imponiendo decisiones que unos deben tomar y otros deben seguir. Todo esto presupone el control y el uso del poder y marca, por esto mismo, la importancia crucial de los aspectos políticos de la transición.

Así las cosas, el *pueblo*, que es al mismo tiempo el origen y el fin de cualquier actividad política, se convierte en la realidad fundamental del proceso. En efecto, se definen las metas, se toman las decisiones, se descargan las acciones, se usa el poder o se lucha por conquistarlo, en nombre del

pueblo y en su beneficio. Por lo menos ésta es la motivación explícita y confesada de toda acción política.

La verdad es que, en la dinámica de la vida política, cada grupo, fuerza o partido forma y cultiva una distinta percepción de lo que es el *pueblo*; quién lo forma y cómo se relacionan sus diferentes partes componentes; cuáles son sus intereses y aspiraciones; cuál es el sentido y cuáles son las perspectivas de su transformación histórica.

Si los aspectos políticos del cambio social son los más críticos hoy día, esta discusión sobre el concepto y la realidad de *pueblo* parece gravitar en torno a cuestiones básicas de nuestra problemática y de su solución.

2. En mi opinión, en la historia política, el *concepto* de pueblo y la *realidad* de pueblo presentan una característica y contradictoria interrelación en que, por lo general, la impresión marcante es que cuanto más presente está el pueblo en la vida política, menos se le menciona; y *viceversa*, cuanto más se invoca el concepto, menos está participando realmente el pueblo en el juego político.

Estoy seguro que esto suena así como mero juego de palabras, pero tengo la esperanza de que la idea general, formulada aquí en términos tan simples, quizá se aclare mejor en lo que sigue.

Para empezar, creemos posible identificar diferentes etapas en la evolución de la idea de *pueblo* en la historia política. En nuestro juicio, cada una de las etapas significa, por otro lado, diferentes grados de mayor o menor coincidencia del concepto con la realidad del *pueblo*.

En la primera etapa, el pueblo era una entidad jurídica e ideológica, lógica y metodológicamente necesaria en el esqueleto doctrinario del liberalismo, bajo cuya égida se han organizado en el siglo XIX, muchas naciones como entidades políticas. En las condiciones sociales y económicas que entonces prevalecían, y con el propósito de construir un orden constitucional de tipo liberal, con el uso y abuso del *concepto* de pueblo, no era necesaria la correspondiente existencia de una efectiva y viva *realidad* del pueblo. La idea bastaba para establecer las funciones requeridas por la retórica del liberalismo político al moldear la «nación legal». La «nación legal», por otra parte, era más un sistema de valores y aspiraciones que una red de instituciones sociales vivientes y operantes. En ese sentido, la «nación legal» y el orden constitucional eran principalmente un modelo político en que, ¡ojalá!, encaje un día la «nación real».

Para el liberalismo político y jurídico, que presidía la organización constitucional, habría sido imposible evitar el concepto o idea de pueblo; pero el pueblo, como realidad social y política, no era un requisito previo, indis-

pensable para la elaboración del marco legal, en la situación estructural existente en aquellos días.

Esta situación en América Latina, por ejemplo, era descrita por un escritor francés del siglo pasado, Louis Couty, como «naciones sin pueblo». En realidad, decía él, era posible identificar en la sociedad nacional una clase política dominante con un derecho de representación casi inmanente; pero era mucho más difícil llamar *pueblo* al populacho restante, compuesto principalmente de esclavos, ex esclavos, indios en un estado de servidumbre y las capas heterogéneas de la clientela del grupo gobernante. Por mucho tiempo, este grupo gobernante fue la única clase política que podía identificarse realmente: no sólo gobiernan, sino que son el universo total en que se realizan las actividades políticas. En ese sentido concreto y en el contexto de la «nación legal», el pueblo no era más que un concepto y realizaba sus funciones al estar ausente.

Esta situación persistió por un largo período, hasta que los cambios estructurales que se realizaban en aquellas sociedades generaron una serie de factores de transición que crearon una nueva etapa. En la siguiente etapa, cuyos últimos pasos se están todavía recorriendo en muchos países de América Latina, la característica básica que podemos encontrar es, a mi juicio, el hecho de que el pueblo se hace presente e influye de alguna manera en el juego político, aunque no tenga poder para decidir sobre su dirección.

Como la primera etapa fue resultado del trasplante de los esquemas del liberalismo político a los países que permanecían en el sistema económico y social de la colonia, la etapa siguiente se caracteriza por el *populismo*, que significa la irrupción de las masas en la vida política sólo como cantidad, pero todavía sin calidad. Innecesario es decir que esto no ocurrió solamente en América Latina.

Por supuesto, esta transición se produjo por muchos cambios estructurales que ocurrieron en todas las sociedades nacionales en el proceso de su integración nacional y una de las más claras implicaciones de estos cambios en el sistema, es el hecho de que la «clase política» no pertenece solamente a los mismos estratos sociales de antes. Por otra parte, el debate político no pudo seguirse limitando a una competencia entre distintos sectores del mismo grupo dirigente para obtener el poder o conservarlo. En efecto, se generó una nueva discusión sobre la misma razón y legitimidad del poder.

En esta etapa, como ya se dijo, las antiguas oligarquías, aunque mantuvieron todavía el control de las fuentes de la riqueza y el poder, no podían seguir gobernando directamente una sociedad cada vez más compleja y necesitaban una constelación de intermediarios para realizar funciones sociales, de las que tenían monopolio absoluto en el pasado.

En mi opinión, el *populismo*, repito, es el hecho más importante y característico del juego político en esta etapa segunda de transición.

Para el entendimiento objetivo de las alternativas creadas por la transición a la etapa populista, parece esencial que se tenga una idea clara de *lo que estaba sucediendo en las esferas no políticas* de la sociedad.

En otras palabras, el problema es investigar las concomitancias sociales y las implicaciones políticas del período que sigue a lo que han descrito los economistas como el «despegue» (*take off*) en las naciones que se desarrollan.

3. Dejando a un lado todas las vastas implicaciones del tema, que obviamente no se pueden explicar exhaustivamente en este análisis tan breve, quisiera llamar la atención sobre algunos de los más importantes indicios del cambio estructural, especialmente aquellos que afectan al papel del pueblo en la vida política.

Para comenzar, parece evidente que una población que se multiplica crea el marco demográfico básico en que tienen lugar estos procesos. En el siglo XIX hubo un *boom* demográfico en todas las áreas del mundo, la población creciendo en ritmo rápido y eso ha significado una expansión de variables que ejerce enormes presiones sobre los sistemas dominantes de producción y distribución de mercancías y servicios.

Por otra parte, los cambios característicos ocasionados por las etapas iniciales de la sociedad industrial, estimulan una redistribución de la creciente población, de acuerdo con las líneas de un nuevo patrón geográfico de exploración de los recursos naturales. La formación de un mercado nacional, incluyendo un mercado de trabajo, significa un aumento en los índices de migración interna y de movilidad social, que contribuyen a quebrar la antigua «estabilidad» de las formas feudales y tradicionales de vida.

Particularmente importante es el avance de los índices de urbanización. Este crecimiento urbano puede ocurrir por dos procedimientos: *a)* Un aumento en la población de las ciudades ya grandes, que se convierten en enormes megalópolis que concentran a veces el 30 por 100 o más de la población nacional; *b)* Por un aumento del número de ciudades de tamaño pequeño y mediano. Estas dos formas de crecimiento urbano, a su vez, parecen generar dos modelos distintos de implicaciones políticas en la urbanización.

Paralelamente con la creciente concentración de población en los medios urbanos, suceden cambios básicos en el campo mismo, como, por ejemplo, el aumento en el número de personas ocupadas en actividades no agrarias aunque estén viviendo en áreas rurales.

Es curioso observar, por otra parte, un aumento en la necesidad de gente

culta para ocupar nuevos puestos en la estructura ocupacional que se transforma. Es curioso porque, aunque es un hecho, las figuras globales indicaban un progreso muy lento en los índices de alfabetización, disfrazando el hecho de que lo que realmente cambiaba era la estructura social en que la ignorancia ya no tenía función social como la que tuvo es el pasado.

En el nivel de las comunicaciones también suceden cambios básicos con la expansión de un sistema de producción y circulación de noticias, informaciones, ideas y valores que definitivamente eliminan la etapa de la estupidéz institucionalizada de las mayorías, característica de las etapas iniciales. El fin de lo que ya se ha venido llamando «falta de conocimiento de alternativas», es el más importante resultado de la expansión de los medios de comunicación masiva en aquellas sociedades, lo que genera un impulso irresistible a no dar por sentado el orden establecido.

4. Por supuesto, todo esto sucede simultáneamente con el hecho de que un mayor número de personas comienza a pagar impuestos, entrar a las escuelas, registrarse para votar, ir al cine, viajar al exterior, tener radio y televisión, leer periódicos y revistas. Todo esto significa que una creciente cantidad de habitantes se vuelven *ciudadanos*, que participan en más amplias esferas de la vida social, que reciben la influencia moldeante de un universo más amplio de relaciones sociales y que tienen la experiencia realmente revolucionaria de convertir la satisfacción de sus necesidades en la fuente misma de creación de otras nuevas.

También hay cosas que disminuyen, en los procesos de cambio social, que afectan a estas sociedades en esta etapa. Hay, por ejemplo, reducción en el número de personas que reciben su salario en mercancías en vez de moneda; una disminución en el número de empresas en que toda la dirección, cuando no todos los administradores, son miembros de la misma familia; y en la esfera de las relaciones laborales, la calificación técnica se hace más importante que la lealtad personal y la obediencia al patrón.

No se necesita decir que la burocracia hace pareja inevitable con estos procesos, multiplicando los estratos intermedios entre quienes toman las decisiones y los que las ejecutan. Particularmente afectados por la burocracia están los grupos profesionales, de «cuello blanco», que, cada día, en mayor número, trabajan por salario para el gobierno o las grandes corporaciones.

La racionalización de las actividades económicas, estrechamente relacionada con los procesos de burocratización, hace de la alienación algo más que un tópico de discusiones académicas, especialmente para aquellos grupos profesionales que tienen la carga, o la fortuna, de vivir su diaria existencia en una sociedad rápidamente cambiante.

Otra cosa que también disminuye es el número de objetos hechos a mano (de zapatos a sombreros, de mercancías a diversiones), porque la industrialización, que da entonces sus primeros pasos, es una de las fuentes más importantes de todos estos cambios.

5. Pero quizá más visibles que las transformaciones que se realizan en la estructura económica son los cambios que tienen lugar en la mente de la gente. Verdaderamente, el paso más crucial en el cambio histórico es cuando un creciente número de población comienza a mirar el cambio no como un inconveniente, sino como oportunidad para alcanzar algo mejor de lo que tienen en el presente. Pronto la idea de que lo venidero es mejor, que comenzó en la mente de unos pocos, se convierte en una forma de conducta y del sentimiento colectivos. Cuando se llega a este punto y los sueños y esperanzas se convierten en ideologías y programas, el pueblo adquiere fe para luchar y una razón de existir o morir, y hace del cambio un proceso histórico irreversible. En otras palabras, en esta etapa hay un sentimiento generalizado de que la raíz del malestar social no es el cambio sino su limitación y sus obstáculos.

Los elementos de una nueva forma de interrelación política comienzan a aparecer y luego a prevalecer, como resultado de complejas combinaciones de estos diferentes ingredientes no políticos. Así se crea un sistema en que el pueblo no es sólo un concepto o un rebaño humano, sino una realidad fuerte, presente, real e inevitable.

6. Yo diría que como resultado de todos aquellos cambios cualitativos que tienen lugar en la estructura social y económica, comienza una época ideológica que es el más claro y el más característico impacto que se consigue observar en la vida política. Quiero decir que desde ese punto en adelante, comienzan todos los grupos a mirar el cambio como una meta común y compartida; pero difieren, a veces profundamente, en cuanto al ritmo, la dirección, la senda y las herramientas para promover el cambio, y hacen de la definición de los modelos ideológicos para la acción, el punto básico de la vida política. Por eso estoy convencido de que aunque no creo que a las más avanzadas sociedades nacionales les haya llegado el «fin de la ideología», a las menos desarrolladas les está apenas comenzando la edad de la ideología.

En esta tercera etapa, que estoy llamando «edad de la política ideológica», el más importante cambio cualitativo que tiene lugar es el hecho de que el pueblo, el hombre común, y no solamente el político profesional,

comienza a adquirir conciencia ideológica y política del cambio que se opera.

El nuevo pueblo de las sociedades cuya complejidad, heterogeneidad y pluralismo están creciendo, no toma conciencia política e ideológica del cambio como una masa amorfa e indiferenciada. Su presencia política se manifiesta por las estructuras parciales en que se integra: clase social, grupos de interés, compañías mercantiles, partidos políticos, organizaciones femeninas y juveniles, etc., que enriquecen la complejidad de su acción y participación en el juego político. Los valores, aspiraciones e ideologías en esta etapa, no son del pueblo como un bloque; pertenecen a las muchas esferas intermedias en que se integra el pueblo de una sociedad pluralista. Y así la masa de «pseudoparticipantes en la vida política» se hace cada día más una constelación de estructuras parciales y activas.

Hoy día, el problema político fundamental de las sociedades en transformación es el cambio, o la resistencia al cambio, que existe en el marco de las instituciones y valores políticos, para adaptarse a las nuevas realidades creadas por el ascenso del pueblo, la gente nueva creada por los cambios estructurales que ocurrieron en las últimas décadas. En otras palabras, eso significa la necesidad de una política nueva adaptada a las necesidades y problemas de la emergente «sociedad participante», definida ya por Daniel Lerner como una sociedad en que un número creciente de individuos está forzado por el cambio social a tomar decisiones privadas en relación con los asuntos públicos.

Parece fácil de entender, aunque menos fácil de evaluar, el alcance de los cambios fundamentales que deben operar las instituciones, valores y sistemas políticos tradicionales para comprender, expresar y realizar las aspiraciones y esperanzas de esta nueva entidad, que fue al principio un concepto, después una masa informe, y ahora se está convirtiendo en una realidad presente y participante.

Parece que la resistencia a aquellos cambios es la primera forma de reacción contra su presión, y debo decir que en muchas sociedades nacionales éste es todavía el sistema en boga. Sólo la historia futura puede decirnos cuánto tiempo durará esta reacción del sistema dominante. Pero seguramente la presencia del pueblo en la historia no es algo fácil de borrar.

Larga y difícil será la temporada para dar forma y establecer un conjunto nuevo de instituciones políticas creadas con el propósito de aceptar al pueblo no como accidente incómodo, sino como la misma fuente y fin último de la sabiduría y acción políticas. No podemos prever todavía en detalle los perfiles de este aparato institucional que acepte al pueblo, su presencia, su libertad y su felicidad, como *postulado* esencial de la política; aunque

hayamos visto ya los lineamientos de su encaje en el tejido de la historia contemporánea.

Primero, como concepto o idea; después, un amorfo rebaño humano; por fin, una realidad en proceso creciente de integración y participación: así es como veo la saga del pueblo en la historia política del mundo moderno.

7. Como este proceso de integración aún no se completó, parece evidente en nuestros días que la más notoria implicación política del cambio estructural inacabado es el *populismo*.

En mi opinión, parece difícil encontrar un asunto más tratado por la teoría política del siglo xx, que el *populismo*; y, al mismo tiempo, otro asunto, de tan grande importancia, que haya inspirado tan pocos análisis serios y objetivos. Aparentemente, la mayoría de las personas se encuentran tan ocupadas en acusar o defender el populismo, que no sobra tiempo suficiente para dedicarse a su estudio serio, profundo y responsable. Los análisis frecuentes que aparecen sobre el nacionalismo, la revolución, la urbanización, la industrialización, el cambio social y las resistencias al cambio, las pautas de liderazgo político y de comportamiento electoral y muchos otros temas, generalmente asociados a la emergencia populista, nos parecen aún lejos de llenar las lagunas del conocimiento existente sobre el asunto con un esquema conceptual, coherente y operativo, que nos ayude a entender en profundidad el problema populista.

Si esto es verdad entre sociólogos y politólogos, aún más confusa y nebulosa parece ser la colección de *slogans* que prevalece sobre el mismo tópico entre políticos e ideólogos, para no decir nada sobre la desorientación de las colectividades más amplias que forman básicamente la *masse de manoeuvre* de los líderes populistas y que, quizá por esto mismo, serían las únicas a las que se podría perdonar que tuviesen ideas tan poco claras sobre lo que el populismo realmente es y ha sido como movimiento político y/o como alternativa ideológica.

Seguramente, a los más familiarizados con la historia política de los últimos cien años, la palabra *populismo* suena con implicaciones extremadamente contradictorias, especialmente cuando se intenta comparar o contrastar las manifestaciones del fenómeno en la vida política de Rusia o Estados Unidos, por ejemplo, con lo que se llama *populismo* en la América Latina contemporánea nuestra. En realidad, en otros rincones del mundo en que el populismo ha logrado ser una bandera, un partido o un movimiento político, sus características y significación han sido a veces tan distintas de lo que hoy día se llama *populismo* en América Latina, por ejemplo, que se vuelve hasta difícil creer que se está usando el mismo universo de discurso. Innece-

sario sería agregar que las dificultades se multiplican para los que desean apenas registrar hechos y suponen que los hechos solamente dan sentido a la historia.

En Rusia, en el siglo pasado, el *populismo decembrista* era la denominación preferida para titular la casi-ideología de una *intelligentsia* occidentalizada, que ha decidido revalorizar al extremo las virtudes de la comunidad campesina rusa —primitiva, tradicional, subdesarrollada— como reacción, emocional y estética, a los primeros avances del desarrollo capitalista en el viejo imperio zarista.

En Estados Unidos, unas décadas más tarde, el populismo representó igualmente la reacción de los fuertes intereses agrarios, aliados a la pequeña burguesía parroquial de las pequeñas ciudades, contra la invasión irresistible del desarrollo capitalista, de la economía de mercado, de un nuevo estilo de usar el poder y de hacer negocios. Contra esta invasión, el populismo oponía, otra vez más, las virtudes inmanentes de la tradición, de la vida comunitaria y de la ética precapitalistas.

En Europa Central y en los Balkanes, el populismo —o *poporanismo*, como es conocido en Rumania— ha sido, sobre todo, la ideología de los partidos agrarios contra la ola creciente e irresistible de las influencias urbanas, modernas, industriales y capitalistas de nuevas formas de vida y de relaciones económicas, sociales y políticas que amenazaban el dominio de los intereses agrarios tradicionales. En países como Bulgaria, Rumania, Servia —en las primeras décadas del corriente siglo— se pueden encontrar modelos clásicos de política populista, en la cual los intereses agrarios tradicionales han conseguido movilizar grandes masas campesinas en favor de los terratenientes, organizando bajo la bandera anticapitalista fuerzas sociales y políticas aún más reaccionarias que el propio capitalismo.

En resumen, en todos estos países que han conocido movimientos populistas expresivos, él ha representado siempre la ideología de las virtudes del pasado contra los males del presente y las incertidumbres del futuro; siempre ha defendido los estilos considerados auténticos, tradicionales, rurales, de *folk*, contra los estilos urbanos, ecuménicos, universales.

En América Latina de hoy —y no solamente allá— el populismo se presenta como algo exactamente opuesto. O sea, *populismo* es la denominación que se da a un movimiento político esencialmente urbano, basado en las primeras etapas de la industrialización, que aspira a *modernizar* la economía y la sociedad. Este sentido peculiar del populismo latinoamericano en el siglo XX, y una tentativa de relacionar esto con las transformaciones en proceso en la realidad del *pueblo*, es el objeto de la discusión que sigue.

Con relativa independencia en relación a lo que los *scholars* piensan so-

bre el asunto, la verdad es que, en los debates políticos y doctrinales en América Latina, existe un visible consenso respecto a lo que se debe entender por *populismo*. Este consenso aparece, sobre todo, en una percepción triangular, mutuamente exclusiva, que las otras corrientes políticas tienen sobre el populismo y que el populismo tiene sobre sí mismo: la «derecha», o los conservadores, miran al populismo como una amenaza socialista latente y peligrosa; la «izquierda», o los revolucionarios, piensan en el populismo como una especie de penúltimo estadio en el camino que conduce al socialismo; y el liderazgo populista, a su vez, ve su movimiento, y así lo presenta, como algo que no es ni «derecha» ni «izquierda», que permanece olímpicamente al frente y por encima de todos los grupos, clases sociales y partidos tradicionales.

Cuando se intentan estudiar, desde un punto de vista sociológico, las ideologías políticas, es siempre un buen comienzo empezar examinando los extraños caminos por los cuales, partículas de la verdad, cerradas en maniobras tácticas, sufren un proceso inflacionario y van creciendo hasta que estas partículas de verdad, al final, quieren confundirse con la verdad entera.

Sin sombra de duda, los «conservadores», cuando se inclinan a la visión catastrófica del populismo como una revolución comunista en desarrollo, la verdad es que lo que así expresan es su viejo y sacrosanto odio y miedo al pueblo mismo. Por otro lado, la «izquierda», o las «izquierdas», en casi todos los países en que movimientos populistas se volvieron importantes, siempre intentaron hacer alianzas con los populistas y siempre fueron sistemáticamente repudiados. En gran medida esto resulta, y expresa, la generalizada falta de sofisticación intelectual de la «izquierda» contemporánea, que en este asunto parece basar su pensamiento y su acción en un silogismo primario, que podría ser formulado así: «El pueblo sigue al líder populista; nosotros queremos seguir los caminos del pueblo; *ergo*, nos volvemos populistas.»

Innecesario es agregar que este enfoque contiene por lo menos dos graves errores: *primero*, el mito de que las acciones del «pueblo», independientemente de cualquier otra consideración, contienen una sabiduría inmanente, a la cual uno no se debe oponer; *segundo*, la renuncia a la idea de que la suprema obligación de un liderazgo político es acercarse al pueblo para movilizarlo y conducirlo por los caminos que el mismo, por sus criterios propios, considera más correctos.

Por fin, la *tercera* percepción del populismo es la de los propios líderes populistas, cuyo nivel de educación política, por lo general, no es mucho más alto que el de la masa heterogénea de sus seguidores. La percepción populista del propio populismo consiste en concebirlo y presentarlo como

por encima de todos los grupos y clases sociales. Esta visión deformada, a nuestro juicio, resulta principalmente de dos factores: *primero*, el liderazgo populista supone estar por encima de todas las clases, simplemente porque no sabe identificarlas correctamente; *segundo*, porque la heterogeneidad de la masa de sus seguidores y la nebulosidad característica de su confuso mosaico ideológico se juntan perfectamente para dar a todos la impresión de que éste es *su* movimiento, que ésta es *su* ideología y que ésta será *su* victoria (1).

En mi concepto, sólo es posible formular hipótesis más inteligentes y más pertinentes sobre el asunto, o sea, sobre la naturaleza real y la correcta significación de los movimientos populistas en muchas sociedades, si empezamos intentando identificar y caracterizar algunos procesos *no políticos* de suma importancia que están ocurriendo como parte del cambio social inacabado que hoy día tiene lugar en estas sociedades. De estos procesos de cambio estructural inacabado, el populismo ha sido, y aún lo es, el síntoma político más espectacular.

En realidad, es en profundos y relativamente bien conocidos procesos de cambio que están ocurriendo en esferas *no políticas* de la vida social en estas sociedades donde se originan los ingredientes básicos de los emergentes movimientos populistas. Esos procesos —migraciones internas, concentración urbana, multiplicación del sector terciario, la permanencia de estructuras agrarias arcaicas y tantos otros que representan todo el elenco de la problemática no resuelta del desarrollo— resultan en transformaciones esenciales en el concepto y en la realidad del *pueblo*, como antes indicara sumariamente. Resulta sobre todo en la *heterogeneización* de las partes componentes del pueblo y en la *marginalización* de ellas, configurando la típica situación de grandes mayorías ya desintegradas de los estilos tradicionales, pero todavía no integradas en nuevos estilos de vivir, de pensar y de actuar, especialmente aún no integradas en nuevos estilos ideológicamente consistentes de comportamiento político. La incapacidad de las clases políticas tradicionalmente dueñas del poder de identificación, en momentos decisivos de la evo-

(1) A la heterogeneidad de la masa populista corresponde, de otra parte, la heterogeneidad equivalente entre sus líderes. Generalmente es un antiguo conservador que se frustra y se rebela, volviéndose populista. En cuanto a los orígenes sociales, hay de todo, aunque predomine la clase media superior como extracto original del liderazgo populista: médicos, abogados, intelectuales, militares y, entre los líderes, muy pocos obreros u hombres del pueblo. Hay incluso, como en el caso reciente de Argentina, odontólogos, en cuyo epitafio político la historia ha escrito esta sentencia definitiva: «Ni por milagro se consigue hacer de un dentista populista un presidente o estadista».

lución de estas naciones, de sus específicos intereses de grupo con las grandes aspiraciones nacionales, sin la menor duda, aparece como otro factor estimulante de suma importancia en la emergencia populista en el presente siglo.

Por décadas, las clases dirigentes de estas sociedades han insistido en orientar la transición social según un modelo de *modernización*, un modelo que se caracteriza básicamente por buscar una compatibilidad entre nuevas y emergentes situaciones económicas y sociales, de un lado, y viejas estructuras de poder, de otro. Nadie puede negar que las dificultades inherentes y no superadas que tiene el modelo modernizante de *modernizar* la estructura de poder de estas sociedades ha sido, y continúa siendo, uno de los principales factores responsables por la extrema receptividad que presentan las clases emergentes a la demagogia populista.

Esta resistencia inveterada y la incapacidad demostrada de promover o siquiera aceptar innovaciones políticas que transformen la estructura de poder es, a su vez, y no por mera coincidencia, un tema favorito de la retórica populista, que por fuerza de esa extraña dialéctica encuentra sus grandes aliados en los grupos tradicionalmente dominantes, que quieren modernizar la vida económica y social, el aparato tecnológico y el sistema monetario y *tutti quanti*, pero no el sistema político.

Obviamente, y quizá por esto mismo, los liderazgos populistas usan este arma contra las estructuras tradicionales de poder no necesariamente para cambiarlas desde sus bases, pero sí para llevarlas —como la experiencia repetidamente ha demostrado— a una serie de compromisos cuyo objetivo final es encontrar en las asimetrías de la estructura existente el sitio propio donde se va a instalar el líder populista y su *entourage*.

En mi concepto estas dos tendencias —*primero*, la presencia creciente de largas camadas marginalizadas, ya movilizadas de su ambiente tradicional pero aún no integradas en el nuevo ambiente, y, *segundo*, la incapacidad de las llamadas *élites modernizantes* de estas sociedades para introducir cambios reales en la estructura de poder que no sean para darles más poder aún— son los factores básicos que hicieron del populismo un mensaje tan atrayente en estas sociedades, que es donde más se ha expandido como movimiento y como alternativa ideológica.

Igualmente me parece evidente que estos mismos factores explican en gran medida el carácter esencialmente antisocialista que presentan en sus orígenes todos los movimientos populistas, lo que es una característica dominante de ellos.

En realidad, los modelos políticos adoptados por las llamadas *élites modernizantes*, como dijimos, tienen como rasgo fundamental la preocupación de compatibilizar el progreso económico, el avance tecnológico, en una

palabra, la *modernización*, con la permanencia de una estructura cerrada de poder, modernizando todo menos los canales institucionales de participación de amplios sectores emergentes en la vida política. Los cambios ocurridos en la sociedad en los primeros pasos del desarrollo económico continúan produciendo transformaciones básicas en la composición y en las aspiraciones del pueblo. Una masa emergente, que lentamente se integra en una colectividad cada vez más políticamente consciente, se va tornando en estas sociedades la materia prima indispensable para la expansión del socialismo. Por eso mismo los dos grandes adversarios del socialismo han sido, *primero*, la estructura conservadora de poder, que lo reprime sistemática y cuando conviene brutalmente, y, *segundo*, el populismo, que hace la conquista de los grupos sociales que deberían ser el soporte del socialismo. Innecesario es agregar que el tercer enemigo del socialismo en todas partes del mundo es la incompetencia de sus líderes. Pero ésta, como diría Kipling, es otra historia... que no vamos a profundizar aquí ni ahora.

No nos sería posible, finalmente, explorar en este ensayo todas las vastas implicaciones de las hipótesis antes mencionadas. Por eso nos limitaremos apenas a llamar la atención sobre algunos aspectos que consideramos más importantes de estas connotaciones recíprocas entre el cambio social incompleto, la resistencia al cambio y la expansión de los movimientos populistas.

Para empezar, queremos recalcar la idea central, ya expuesta anteriormente, y que es la siguiente: los movimientos populistas obviamente no tendrían lugar ni oportunidad para aparecer si las estructuras económicas y políticas tradicionales permanecieran inalteradas, sin sufrir cambios ni tener que enfrentarse al desafío de la historia. Recíprocamente, mirando el asunto desde otro ángulo, si estas sociedades hubieran conseguido desarrollar plenamente sus potencialidades para llegar a ser sociedades nacionales integradas y avanzadas, según todo lo indica, el populismo tendería a ser en corto plazo solamente un dato marginal de su historia política. Con esto estamos indicando que, en nuestro concepto, el populismo tiene sus raíces más profundas en el cambio frustrado, en la marginalidad estructural de estas sociedades, en cuyo juego político todas las alternativas parecen igualmente probables y donde es igualmente posible encontrar, en la falta de densidad ideológica del proceso político, apoyo y soporte equivalentes para una cosa o para otra exactamente opuesta. De esto el mundo ibérico y latinoamericano son hoy dramáticos ejemplos.

Anteriormente ya indicamos algunos de los factores estructurales de un cambio ya iniciado pero todavía no completado, que alteran la realidad profunda de lo que se llama *pueblo* y que lo hace fluctuar entre un pasado desintegrado y un futuro indefinido, sufriendo el peso y la presencia de la

coexistencia inestable de ambos. Ahora queremos insistir en que, aunque más visible, por su expresión cuantitativa mayor, en las capas más bajas de la pirámide social, la verdad es que la formación de estos grupos emergentes y marginales tiene lugar en casi todos los niveles sociales, donde se reclutan las nuevas clases y sectores. Así, aunque en un plano horizontal los miembros de estos grupos se puedan diferenciar por su posición en la escala de la estratificación social, cuando los miramos en un plano vertical tienen todos en común el hecho de que son emergentes, asimétricos y marginales en relación al patrón tradicional de estratificación. Este fenómeno tiene una extraordinaria significación en definir ciertas características de los movimientos populistas, en explicar la composición heterogénea de las masas de sus seguidores, la asimetría de clase de sus líderes y, por encima de todo, su fantástico *bric-a-brac* ideológico.

La heterogeneidad de la composición social de los seguidores del populismo, así como la de sus jefes, reclutados entre los descontentos de todos los sectores sociales, de los más pobres a los más ricos —y cuando ya no son, muy pronto se vuelven los más ricos, y la tremenda confusión de su desvencijado bazar ideológico— refuerzan la impresión de que, en realidad, y en última instancia, lo que tienen básicamente en común es el hecho de ser todos frutos inmaduros de la transición inacabada del orden tradicional, inaptos para dirigir esta transición por una dirección definida e interesados en sacar lo más que puedan de esta misma indefinición.

Creemos que de esta misma compleja *Gestalt* resulta también otra típica, a veces dramática, característica del populismo: es un *movimiento* que, más que cualquier otro, presenta enormes dificultades para llegar a ser una *organización*.

Sin la menor duda, además de los factores antes mencionados, esto también resulta, en la rutina de la lucha política, del hecho de que generalmente los movimientos populistas tienen como su objetivo principal y más candente establecer o re-establecer un viejo dictador en el poder.

Quizá por esto mismo el populismo multiplica su eficiencia y su presencia cuando está en la banda de la oposición. En otras palabras, llegar al poder casi siempre significó el principio del fin del populismo. Como tendencia de reacción a la pulverización y desmoralización del populismo llegado al poder, el *jefe* y su autoridad carismática multiplicada pasan a ser la única posible solución para todos los problemas. No es por mera coincidencia que casi todos los movimientos populistas, por lo menos en América Latina, han resultado de, o han llevado a, gobiernos dictatoriales abiertamente de *derechas*.

En este particular sentido, el populismo —autoritario, ideológicamente

indefinido, carismático, clientelista, estridentemente patriótico, justiciero *à la mode* del rey Salomón— representa en muchos aspectos un ejemplo y un factor de persistencia de los elementos más arcaicos de los estilos de vida y de liderazgo político en estos países. Esto resulta principalmente, a nuestro juicio, del hecho de que la gran masa de sus seguidores es reclutada entre emigrantes de las zonas rurales recién urbanizadas, cuya presencia, aspiraciones e incipiencia política es la materia prima esencial de las manipulaciones y de la retórica política del populismo. Estos grupos importan con ellos a las ciudades sus pautas tradicionales de comportamiento y de obediencia política, operando en el medio urbano. La instrumentalidad básica del liderazgo populista en su relación con estos grupos pasa a ser entonces una perpetuación de los estilos más tradicionales de fidelidad política entre líderes y seguidores. Se mantiene y cultiva con estas nuevas masas urbanas el mismo tono personal, cara-a-cara, de las relaciones entre el patrón y su clientela, característica de la informalidad, amiga de la varanda de la casa hacendada, donde lo que se exigía era lealtad personal, no compromisos ideológicos que fueran más importantes que la fidelidad y obediencia al jefe.

Este es el fondo de la lealtad política y los mensajes mesiánicos que hoy se agregan para apenas «modernizar» los estilos básicamente personalistas del movimiento, en el cual, en verdad, el único agente realmente activo es el propio líder, pues en la masificación que está en el origen sociológico del populismo, el verdadero estado de las masas es de apenas de pseudo-participación política. Se articulan sectores —el gremial, el juvenil, el femenino, el intelectual, el militar, etc.— no exactamente para elaborar y difundir un programa ideológico, sino para hacer circular la palabra del líder, que es quien sabe todo y es el único que lo sabe. Los otros son pasivos seguidores y generalmente de esto tienen conmovido orgullo.

El jefe y su carisma son el principio y el fin del movimiento. Por esto es fácil para él prometer todo a todos. En realidad, no le resta otra alternativa, pues los grupos heterogéneos que lo siguen, unificados solamente por su mando y su mística, quieren las cosas más distintas y opuestas. La única solución pasa a ser la de abrir las compuertas de las promesas, con la tranquila seguridad de que no se va a cumplir nada. De veras, se vuelve relativamente fácil al jefe populista prometer desmedidamente. *Primero*, porque la única cosa que pide a cambio es que se lo ponga en el poder; *segundo*, porque su gran *message*, que no proviene de ningún compromiso ideológico definido, ni se amarra a ningún programa estructurado, básicamente consiste en prometer que cuando él llegue al poder, todos van a ser felices *dentro de la estructura existente*.

Analizando de cerca la propaganda, los estilos, el contenido y la forma de movimientos populistas en Brasil, Argentina, Colombia y otros países de América Latina —y creo que esto se aplica también a otras áreas—, he llegado a la conclusión de que la llave maestra de toda su estrategia consiste en prometer beneficios para todos sin condicionar la realización de estos beneficios a ninguna política o programa bien definidos de cambio estructural. La tesis, a veces más, a veces menos explícita, es que la única condición importante para que todos sean felices y estén contentos dentro de la estructura que existe es que se ponga el jefe populista en el poder.

De ahí resultan diferentes implicaciones fácilmente observables, como son el permanente estado de excitación en que se mantienen las masas de seguidores, movilizados al extremo por una colección de promesas que jamás se cumplen, por la simple razón de que son imposibles de cumplir y la frustración que resulta cuando, llegado al poder, el jefe populista continúa haciendo las mismas promesas de antes, usando lenguajes de oposición y olvidándose de que ahora ya tiene el poder, que así se transforma irónicamente en el mayor enemigo de la coherencia populista...

Para no multiplicar ejemplos sobre lo que nos parece excesivamente obvio, bastaría recordar aquí algo que muy pocos han advertido: la total indiferencia del populismo latinoamericano, por ejemplo, por la cuestión agraria. En países como Brasil, Argentina y Colombia, regímenes populistas estuvieron en el poder por muchos años, usando y abusando de la retórica, de la fuerza, de las instituciones, de la ley, de la propaganda y de todos los recursos del poder sin tocar, ni en lo más epidérmico la arcaica estructura agraria de estos países.

Carente de consistencia ideológica, cultivando la pseudoparticipación política de las masas apenas como tema de propaganda, incapaz de generar una organización eficiente, seria, disciplinada y unida, centralizando toda su filosofía política en el carisma del jefe, resulta que el poder y su empleo como instrumento para solucionar problemas concretos pasa a ser el mayor enemigo del populismo, pues la llegada al poder representa el momento de la verdad que antes tanto se explotó y después tanto se teme. Se hace entonces inevitable una vuelta «termidoriana» de muchos grados para enfriar el entusiasmo de los seguidores. Contra cualquier resistencia que encuentra, la reacción sistemática del poder populista es pedir más poder, sin jamás explicar con claridad por qué se vuelve tan necesario tener más y extraordinarios poderes cuando no se sabe cómo usar lo que ya se tiene. En resumen, y para concluir, creo que la contradicción fundamental y prácticamente inevitable del populismo, que tiene raíces en las condiciones sociológicas que históricamente lo han producido, resulta básicamente del hecho de que

el populismo es producto de la emergencia de determinados factores estructurales en la sociedad nacional cuyo pleno desarrollo significa e impone su negación y su superación.

Clases sociales emergentes, enfrentando obstáculos en su adaptación a una estructura económica e institucional cuya característica esencial es estar sufriendo un proceso lento o inacabado de cambio estructural, son la materia prima *par excellence* de movimientos políticos cuyo contenido y dirección son, en amplia medida, puramente probabilísticos. En lo que se refiere al populismo, la probabilidad mayor, hasta hoy, ha operado en el sentido de caracterizar el populismo como un movimiento político dedicado a capitalizar en favor de líderes carismáticos la inestabilidad de estos grupos emergentes heterogéneos, manipulando una retórica de «izquierda» para definir y consolidar una mentalidad y una estructura de poder que son netamente de «derecha».

Como la experiencia colombiana después de las elecciones presidenciales de abril de 1970 lo comprueba, el partido populista (Anapo), así como fue incapaz de vencer en las elecciones también fue incapaz de crear una oposición constructiva, unida y eficiente. En lo que se refiere al populismo en el poder, es difícil encontrar experiencia más dramática y melancólica que la ofrecida por los gobiernos erráticos que tuvo Brasil desde 1950 hasta el golpe militar de 1964.

Lo más grave de estas experiencias es que los populismos fracasados presentan la tendencia desastrosa de intentar llevar al pueblo a embarcarse en revoluciones inmaduras y abortadas, que siempre resultan —y no solamente en América Latina— ser el mejor pretexto para la más brutal represión por parte del «partido del orden». Revoluciones populistas frustradas, y la agitación inconsecuente que intenta promoverlas, son siempre uno de los factores más fácilmente identificables que están en el origen de los «regímenes fuertes» y las dictaduras militares que han infestado muchos países en las últimas dos décadas. En nombre de la represión a los errores de la inmadurez política del populismo es fácil a estos «regímenes fuertes», para «restablecer el orden», institucionalizar el desorden y hacer de la organización de la inseguridad colectiva la principal razón del Estado.

A mi juicio, lo que se necesita —si así me puedo expresar— es de regímenes más *populares* y menos *populistas*, capaces de conducir la nación con tesón, imaginación e inteligencia hacia un futuro mejor, que tanto merecen y tanto escasea.